

# Ángel González

## Poeta entre 1925 y 2008

### Existo, luego muero



Mertxe Carneiro Bello

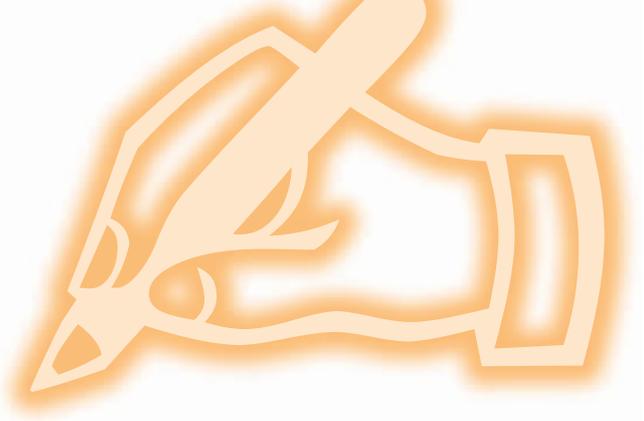
**¿Q**ué mano de seda nos acaricia los sentidos mientras leemos 'luz', 'azul', 'mar', 'amor', 'dolor'...? ¿Por qué de pronto nos encontramos ocurriendo en un poema? Yo tenía 15 años cuando conocí estas maravillas. En 1960 también me pasaban otras cosas, la más llamativa estaba en mis ojos que se anegaban de una prisa feroz por llegar a todos los rincones del paisaje. Cada día abría la ventana un poco más temprano, asomaba la mirada, la alegría, aquel irreprimible asombro. Ni una sola de mis recién estrenadas potencias quería perderse el latido de las cosas que amanecían conmigo. A los 15 años somos la rosa y el fuego, nada más bello y apasionado, lo malo es que a esa edad aún mira la infancia en nuestra mirada. Creo que de todos los nudos que se forman en el humano devenir es casi gordiano el que ata el cuerpo del niño al del adolescente. Pasé las de Caín en aquel esfuerzo por liberarme. Al término de nuestras edades siempre nos espera un forcejeo, pero éste es el primero, el más intenso y doloroso, pues en el paso de la infancia a la adolescencia se inaugura no solamente el próximo cuerpo que tendremos, también el embrión de todos los cuerpos que se irán sucediendo. Yo me desasía de mi infancia a base de leer. La lectura me ayudaba en esa toma de conciencia que es la clave del reconocimiento propio, y que sobreviene siempre en la época en que vamos dejando de ser niños. Todos los libros que me caían en las manos eran automáticamente devorados por mis ojos. De pronto las letras se habían hecho misteriosamente evocadoras hasta el punto de modular mis días que ya no eran un mero discurrir de la escuela a los juegos en el barrio. Sin saber cómo, los límites habían desaparecido, el mundo me abría sus caminos, y yo eché a andar, anduve durante años, en línea recta, en zigzag, con rodeos... Ni por un momento se me ocurrió que cada paso que daba era un diminuto retorno. Ahora ya conozco la irónica verdad: vivir no es avanzar, vivir es regresar al punto

de partida. En una de sus mejores obras<sup>1</sup> Shakespeare pone en boca del filósofo Jacques palabras tan reveladoras como éstas: que el hombre pasa por siete edades y que en la última, la senectud, vuelve a la primera que es la niñez. En el umbral de la oscuridad me aguarda una niña de mirada clara y corazón intacto, no temeré cogerme de su mano, ¿qué mejor compañía que la suya para internarme en el misterio?

Siempre que me hacen un favor, yo correspondo, por eso regalaré a esa niña lo que más ilusión puede hacerle. Toda mi cosecha de palabras se la entregaré en hermosos haces de historias y poemas. Y si nos da tiempo, le hablaré de un tal Cesare Pavese. Le contaré que nos hicimos muy amigos, entre otras cosas que ahora mismo no vienen a cuento porque hablaba así de los críos: *"De niño se aprende a conocer el mundo no –como parecería– gracias al inmediato y originario contacto con las cosas, sino a través de los signos de las cosas: palabras, viñetas, relatos. Si nos remontamos a un momento cualquiera de conmoción extática ante cualquier cosa del mundo, encontramos que nos conmovemos porque ya nos hemos conmovido; y nos hemos conmovido ya porque un día algo nos pareció transfigurado, separado del resto, por una palabra, una fábula, una fantasía que a ello se refería. Naturalmente en aquel tiempo la fantasía nos llegó como realidad, como conocimiento objetivo y no como invención".* A mi niña le gustará saber que todas y cada una de mis emociones no fueron sino una réplica de las que ella experimentó cuando leía tebeos, o cuando leyó a Juan Ramón y se enamoró perdidamente de su Platero.

Sí, a los 15 años somos la rosa y el fuego o, lo que es lo mismo, una terrible greca hormonal. A mi convulsionado presente empezaron a llegar nuevos amigos. Conocí a Lorca y a Machado y a Neruda y a

1. *As you like it*



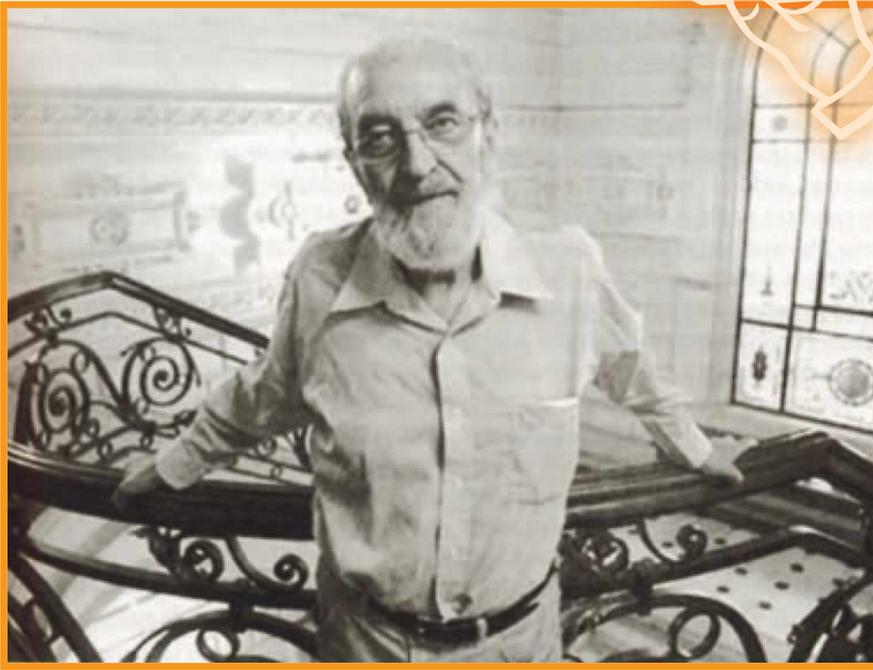
Rubén Darío y a Alberti y a Salinas... Hasta me acerqué a Byron, Shelley y Hugo... Leía sin orden ni concierto, atropelladamente, entre deslumbrada y enardecida por las palabras que a veces me parecían notas musicales, y las canturreaba; y otras veces intentaba dilatarlas en mi boca como si fueran caramelos... No, no alcanzaba el alma de las palabras, pero su sola intuición ya me dejaba flotando de felicidad. Ya venía flotando del último curso de Doña Ignacia, mi inolvidable maestra de las 'nacionales'.

"¿Qué es un poeta?"... Doña Ignacia estaba ya al borde de la jubilación. Había sido muy guapa de joven, aún lo era entonces, con aquellos ojos tan azules y brillantes, el pelo rubio y la tez sonrosada como la de una niña pequeña. Lástima de aquellas iras justicieras que desencadenaba contra alguna de nosotras cuando un tintero traidor nos arreglaba la mesa. "¿Qué es un poeta?"... Yo sabía que la pregunta no estaba dirigida a sus alumnas. Doña Ignacia –me lo chivó mi madre que también había sido alumna suya– tuvo un novio poeta que murió en la guerra. La pregunta, que en el fondo no lo era, estaba dirigida a él. "¿Qué es un poeta?"... Frente al ventanal, absorta, lejos de todo, miraba el cielo buscando entre las nubes el rostro de su amado poeta. Tan ignorantes como el resto de la clase pero intuitivas como ellas solas, las begonias apresuraban sus hojas cristal arriba por si pillaban algo. "Un poeta es un ser único, un visionario, un mago capaz de trasladarnos allí donde vive lo más exquisito de la creación: la belleza hecha palabra...". Asentíamos, ovejunamente nosotras; con evidente mala uva las begonias, de nuevo chasqueadas. Doña Ignacia tenía otro gran amor, éste muerto de muerte natural, y se llamaba Don José María Gabriel y Galán. Todavía recuerdo retazos de uno de sus poemas más conmovedores. Ella me lo hizo aprender por la fuerza –siempre la tomaba conmigo cuando algo interrumpía sus ensoñaciones frente al ventanal–. Pertenece a *Nuevas Castellanas*, un poemario de 1905 prologado por la condesa Emilia Pardo Bazán:

¡Quiero vivir! A Dios voy  
y a Dios no se va muriendo,  
se va al Oriente subiendo  
por la breve noche de hoy.  
De luz y de sombras soy  
y quiero darme a las dos.  
¡Quiero dejar de mí en pos  
robusta y santa semilla  
de esto que tengo de arcilla,  
de esto que tengo de Dios!

Yo leía, ya lo he dicho, de una manera terriblemente anárquica, aún lo hago, hay prácticas que se convierten en vicios irrenunciables. En ocasiones eran decenas de poemas en un par de horas, otras veces podían pasar semanas hasta que me decidía a abrir un libro. Digería belleza. Me esforzaba por lograr significados en ella; intentaba sin saberlo ir más allá de la sensación para encontrar la ostra que albergaba la perla. Hubo una temporada en que mis lecturas se hicieron nocturnas y por lo tanto secretas. Esto duró casi todo el verano. Aprovechaba la luz de la farola que había en la fachada, a la altura de mi balcón, y cuando todo quedaba en silencio, me trasladaba a los pies de la cama para recibir mejor la claridad. Sobre las once venían a visitarme los gatos de angora de mis vecinos catalanes. El Morito y el Copito saltaban de su balcón prácticamente pegado al mío y se instalaban con toda naturalidad en mi cama, contra mi espalda. Humedad, compañerismo, ellos se dormían como troncos, yo velaba sobre el libro. Al otro lado de la pared estaban mis padres, les oía hablar y esto calmaba mi temor de ser descubierta. Por las mañanas era esencial despertar antes de que lo hiciera mi madre. Me preocupaban los esquivos pelos de los gatos, ocultar el libro, abrir del todo los ojos... Tan pocas horas de sueño, y el sueño mismo inquieto, con frecuencia interrumpido por súbitos despertares para mirar el reloj, hicieron que por las mañanas me levantara medio sonámbula y sin ganas de desayunar. Mi madre empezó a mirarme de 'aquella' manera. Un día dijo que me iba a llevar a que me viera don Claudio. Don Claudio era un señor encantador, me caía muy bien, me daba caramelos de menta y folletos de medicamentos con monigotes muy divertidos. Pero era 'el médico'. Los médicos de entonces lo primero que hacían al ver a una niña delgaducha y pálida era acribillarla a inyecciones de hígado. Si algo odié en mi infancia, fueron precisamente las inyecciones de hígado y, por extensión, el siniestro dispensario de la calle Santa Clara. Supongo que un torero pensando en el toro verá la plaza; a mí se me ha representado en este mismo instante aquel lugar, y con tal realismo que su insoportable olor a medicina y desinfectante me está quemando la nariz. Dejé de leer por las noches. Volví a dormir como una marmota. Mi tazón de leche con sopas relucía por dentro. Don Claudio quedó conjurado.

Mucho después tuve un encuentro maravilloso con Gabriel Celaya y José Hierro. Me lancé a sus letras, que fueron como un golpe seco en el corazón. Fue mi descubrimiento de la poesía social, un camino iniciado hacia otros caminos quizás más estilizados, más elegantes, pero no menos duros con la realidad. De Celaya leí *Las cartas boca arriba*. De Hierro, *Tierra sin nosotros*... Estaba llegando a la Generación de los 50. Mi cabeza se había hecho muy mayor, ya era capaz de entender que lo social podía enriquecerse con un lenguaje más elaborado, rico y sugerente. Me daba cuenta de que el acento poético se había trasladado de lo colectivo a lo estrictamente personal y que la búsqueda del cono-



cimiento era un asunto prioritario. Repentinamente, el poema se había hecho filosofía, y el tiempo era el dios de todos los dioses, al que había que investigar, escrutar, perseguir... En los versos de aquellos poetas encontré no sólo una acerada conciencia crítica, también el suficiente distanciamiento para ejercerla con estoicismo. Claudio Rodríguez, Jaime Gil de Biedma y algunos más me fueron deleitando con su persecución de la experiencia a través de la poesía. El tiempo era su obsesión. Todo cuanto sucedía en sus poemas era tiempo-subjetivo inserto brutalmente en el tiempo-general. Nada escapaba al destino último del ser, y en la narrativa de su obra planeaba constantemente un inexorable desvanecimiento de las cosas.

A principios de 1980 llegó a mis manos el *Áspero mundo* de Ángel González.

Hay fechas que se instalan en la memoria para ser un recuerdo aislado de todos los demás recuerdos. Gozan del privilegio de la singularidad, son intocables, una metafísica en sí mismos. No se entiende por qué alcanzan este status, si se analizaran fríamente, con despego, veríamos que no contienen nada excepcional, son el fantasma de desastres relativos, hubo recuerdos peores que acabaron borrándose sin pena ni gloria. Alguna vez miro de reojo a mi entronizado recuerdo, y compruebo que me sigue intimidando. Es como la visión de un mar nocturno y retirado en donde se presente una tensión que no acaba de manifestarse. Ésa es la cuestión seguramente, que no hay peor enemigo que el amago, la espera del golpe que tal vez no llegue nunca. Me regalaron *Áspero mundo* con la recomendación de que leyera todo lo despacio que fuera capaz de leer. Ocioso consejo, nunca como entonces había estado tan dispuesta a olvidarme en la lectura. Los

primeros versos que abren el poemario me situaron en el epicentro de mí misma... que era como decir en ninguna parte: "*Para que yo me llame Ángel González / para que mi ser pese sobre el suelo*"... El poema continuaba por derroteros que nada tenían que ver con mi circunstancia, pero mi circunstancia se empeñó en apropiarse de aquellas palabras para transformarlas en un asunto vital. En enero de 1980 el mundo se desplomaba silenciosamente, sin levantar una mota de polvo, como a cámara lenta, se moría con sigilo, se moría con la misma pulcritud que aquel gatito que vi desaparecer, secuencia a secuencia, bajo las ruedas de un coche una tarde de verano en las Agustinas. Esto sucedía en mi interior... Afuera todo era un estrépito al que habían puesto el muy técnico nombre de crisis industrial, ¡qué eufemismo más ocurrente!, la

crisis era muchísimo más que eso, era un terremoto que ya llevaba unos años sacudiéndonos la vida. Todo era muy confuso en esa época, nada parecía estar en su sitio, nos habían dicho unos años antes que la luz estaba muy cerca, que íbamos a ser libres y felices, y sin embargo el mundo se nos estaba cayendo encima por momentos. Yo practicaba el disimulo, fingía que las piedras no me alcanzaban, escuchar, escucharme por dentro –el silencio es una de las cosas más audibles que existen– era una ocupación que me salvaba del caos, o así lo creía entonces, ahora sé que no fue posible, si lo hubiera logrado no tendría ese recuerdo incrustado y encriptado en mi memoria.

"*Para que yo me llame Ángel González / para que mi ser pese sobre el suelo*"... En aquellos días resultaba muy difícil llamarse de tal o cual manera, casi imposible dejar huellas en un suelo tan inestable. Tanto los que callábamos como los que vociferaban por las calles compartíamos un sentimiento de extrañeza y agudizada soledad, nadie se libraba de la sensación de estar habitando una sociedad moribunda sin posibilidades de regeneración.

Los poemas de *Áspero mundo* llegaron a parecerme inmisericordes espejos.

¿Qué sucede cuando la descarnada filosofía del nihilismo es la piedra angular de un poema? En los años que siguieron ya no pude prescindir de la poesía de Ángel González. Leí cuanto no había leído de él y procuré estar al tanto de lo que se iba publicando. *Sin esperanza, con convencimiento* (1962), *Grado elemental* (1962), *Palabra sobre palabra* (1965), *Tratado de urbanismo* (1967), *Breves acotaciones para una biografía* (1969), *Procedimientos narrativos* (1971), *Prosemas*

o menos (1985), *Deixis en fantasma* (1992)... No sabría decir cuál de estas obras caló más profundamente en mí. Quizás *Otoños y otras luces* que, por su evidente analogía con un lector ya entrado en años, viene a ser como una melancólica caricia en el centro del alma. Pero leamos lo que leamos de Ángel González, el *Áspero mundo* que nos inicia en su pensamiento sigue palpitando por todas partes. Es como una declaración de principios, un acto irrenunciable de su personalidad, la esencia de cuanto fue.

Murió el 11 de enero pasado. A penas dos días en el hospital, y luego se fue discretamente, porque él era la discreción en persona y lo último que hubiera querido era molestar. "*De los cientos de muertas que me habitan / ésta de hoy es la que menos sangra...*" dice premonitoriamente (su poesía tiene ese don) en *Muerte en la tarde*<sup>2</sup>, y parece que todo ocurrió así de sencillamente. Un súbito malestar, una urgencia por recuperar el aliento, después la aceptación de lo inevitable. Ahora ya está en la eternidad de las cosas que han regresado al humus, todos los misterios y todas las angustias se hallan definitivamente resueltos para él. El tiempo, eso que Platón llamó "imagen móvil de la eternidad", se ha cerrado, ha dado un portazo en su rostro. Nos ha dejado un involuntario regalo póstumo: veintisiete poemas que tenía guardados en su ordenador porque no se atrevió a publicarlos considerando que eran extremadamente tristes. Del poemario *Nada grave*<sup>3</sup> que los recopila rescato este poema:

Caída

Y me vuelvo a caer desde mí mismo  
Al vacío  
A la nada  
¡Qué pirueta!  
¿Desciendo o vuelo?  
No lo sé.

Recibo.

El golpe de rigor, y me incorporo.  
Me toco para ver si hubo gran daño,  
Más no me encuentro.  
Mi cuerpo ¿dónde está?  
Me duele sólo el alma.  
Nada grave.

¿Qué nos queda cuando desaparece un amigo como Ángel González? Al sentimiento de vacío irreparable se une el pesar añadido de no haberle conocido personalmente. En ABC leí con ocasión de su muerte que nunca ha existido un poeta tan exactamente igual a su obra. Imagino lo que hubiera sido charlar con él, ver su gesto, sentir el peso de su mirada, 'saberlo' por dentro...

2. De *Áspero mundo* (1956)

3. Editorial Visor, 2008

Ha habido muchos poetas en mi vida, en casi todos he encontrado algo que tenía que ver conmigo. Pero en Ángel González no faltaba nada de mí. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida, y mi mejor homenaje es tomar prestada su palabra para decirle adiós, "*adiós, hasta otra vez o nunca*"<sup>4</sup>...

Adiós. Hasta otra vez o nunca.

Quién sabe qué será,  
y en qué lugar de niebla.

Si habremos de tocarnos para reconocernos.

Si sabremos besarnos por falta de tristeza.

Todo lo llevas con tu cuerpo.

Todo lo llevas.

Me dejas naufragando en esta nada  
inmensa.

Cómo desaparece el monte

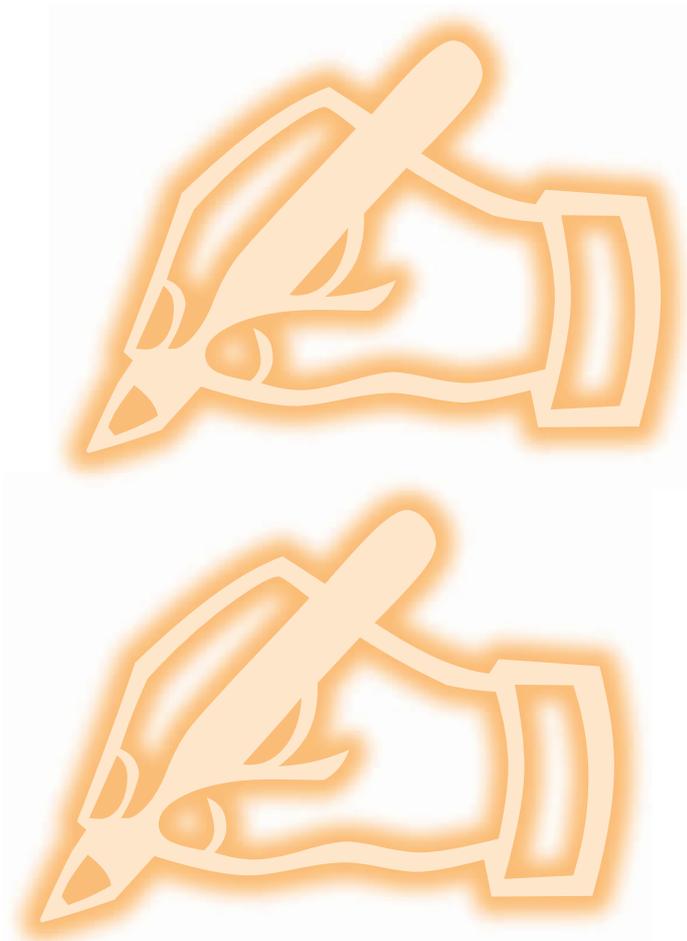
—me dejas...—,

se hunde el río

—...en esta...—,

se desintegra la ciudad.

Despiertas.



4. De *Áspero mundo* (1956)